



ANGEL ALBINO CORZO.

1816-1875.

I

EL sol despertaba rasgando la niebla que envolvía á San Cristóbal Las Casas. Un polvillo ceniciento que á muy corta distancia hacía distinguir los objetos, se cernía en los rayos. Por enmedio de la plazuela proyectaba su sombra la iglesia de la Caridad y llegaba á la calle y las casas del frente. El frío, apenas salvada la escalinata de la puerta mayor, hería haciendo tiritar. El césped estaba cargado de rocío y mojada la tierra de las diagonales trazadas por el tránsito entre una encrucijada y la opuesta. Del suelo se desprendía vaho y las canales gotaban el hielo que se derretía en los tejados ya viejos y musgosos. Los feligreses comenzaban á salir de misa. Mi hermano Herminio me conducía de la mano. Luégo que nos acogimos al sol contemplamos la parroquia de Santo Domingo, cerca de la Caridad. La iglesia aparecía infundiendo magestad; el atrio rodeado de trincheras picadas de claraboyas; un baluarte ostentaba su esqueleto de pino en la esquina del Cerrillo; sobre la pared del convento hacia Mexicanas y el Molino los durazneros, los membrillos y las higueras sacaban sus brazos descarnados y se inclinaban como enfermos en las copas de los saucos, de las malvas y las maravillas que crecían en la calle por la dilatada ausencia de los habitantes. El frontispicio despertaba en la memoria algo de asolador que se había hospedado ahí: las aristas dentadas, los chapiteles desmoronados, las puertas hechas una criba, los friso, las ménsulas y las frondas mutilados por los proyectiles. En el atrio había girones de papel mordidos por el soldado durante el sitio, con la huella del fogaño del fusil y oliendo á pólvora. Una cureña clavada yacía en tierra y al lado las cureñas y el atacador ya calvo por el uso. El templo abierto y abandonado exhibía su desnudez: cuarteadas las bóvedas, solos los altares, corridas las cortinas de los nichos, profanados los santos, secas las pilas de agua bendita, hecho trizas el órgano del coro, vacías las poltronas de los Dominicos y allá en el fondo del recinto imponía respeto el retablo por el olor

á laurel que soplaban de la sacristía, donde los atriles tenían polvo y á los misales, los sobreplizos, los bonetes y las casullas los había picado la polilla. Y cuando uno daba las espaldas á todos aquellos despojos sagrados, las pisadas y la voz se repercutían y una atmósfera de tristeza oprimía el alma haciendo callar y pensar.

Otra mañana, apenas estuve en pie, con los brazos cruzados y uncido de humildad y amor dí los buenos días á mi madre. Lloraba, se enjugó las lágrimas, me besó en la frente y sorprendido me refugió en su regazo. Ví las puertas cerradas y una nube de tristeza en los semblantes de dos jóvenes que eran como mis hermanas. De súbito me encontré sólo, sentí miedo y eché á correr hácia el rosal y las hortensias que ornaban un arco del corredor, y grité:

—¡Herminio! ¡Efren!

—No están, mi chiquitito—me respondió mi madre.

—Sí están.

Entonces me cogió en sus brazos y siguió llorando. Afuera y lejos se oía un ruido indefinible como de que se rasgaba el cielo y se iba haciendo ensordecedor y parecía extenderse. A intervalos lo interrumpía algo así como un retumbo, como un rugido, luégo dos, tres y más á la vez, y en seguida una confusión de estruendos que causaban pavor. Mi madre se precipitó al oratorio y nos hincamos ante una repisa donde un Niño Dios, rubio y hermoso, con túnica de raso celeste, parecía escucharnos. Mi madre sollozante y loca de dolor imploraba en alta voz el auxilio divino. "Tú, Niño, salvarás de las balas á mis hijos: en tus manos los pongo. De tí penden sus vidas y que vuelva yo á mirarlos buenos como me los diste. Tú sabes lo que haces. He sido buena y no merezco ese cruel castigo. Ten piedad de mí, Niño bonito. Sálvalos, si no quieres que yo muera. Cúbrelos con tu manto á los ojos del enemigo, para que salgan con vida. ¿Lo harás, Niño milagroso?"

El ruido cesó, repicaron á vuelo las campanas de las iglesias y la gente comenzó á pasar en tropel por la calle. Mi madre de tanta an-

gustia, perdió el sentido, y yo dí un grito de espanto y quise hablarle; pero me ahogó el llanto. Llamaron fuertemente á la puerta, y un hombre, con cierto aire marcial y de triunfo, de bigotes que le cubrían la cara, entró conduciendo de la mano á dos niños y acercándose á mi madre que volvía en sí, le dijo:

—Aquí tienes á tus hijos.

—¿Mis hijos? ¡Ah!..... sí, son ellos. ¡Dios mío, qué grande eres!

Y sollozó de alegría ante el salvador, palpándoles el cuerpo á los dos pequeñitos, para cerciorarse de que no estaban heridos, y quiso comérselos á besos.

Otra vez, una mañana también, un puñado de jóvenes esperaban en el atrio de Santo Domingo que se abriera la puerta del convento, una puerta abierta recientemente arriba de la cual se leía: *Instituto Científico y Literario del Estado*. Todo estaba transformado: el fortín había desaparecido, las claraboyas de la pared estaban tapiadas, los árboles ya no sacaban sus brazos á la calle, el edificio había sido renovado, la iglesia estaba cerrada. Las llaves sonaron en manos del bedel, las puertas se abrieron de par en par y todos quisieron ser los primeros en entrar; entonces en el pasillo sentí el mismo intenso frío que aquella primera mañana; pero me encontraba alegre y veía otro mundo en mi derredor. Contemplaba la banca de los pasantes de mínimos, en frente la de los de mayores, la escalera ancha y tendida del piso alto, en su antiguo lugar aún y ya sin telarañas las pinturas de escenas religiosas, las celdas convertidas en cátedras y los estudiantes de las clases superiores paseándose por los corredores del segundo piso y á una voz estudiando de memoria la lección, como si oficiaran los Dominicos en el coro abandonado de la iglesia.

De aquellos días á los actuales ha transcurrido largo tiempo.

Ahora, lejos de aquel lugar, cuando me acongoja el olvido y la ausencia, me he interrogado: ¿Qué representaba el cuadro asolador de aquella primera mañana? Los padres de Santo Domingo y San Francisco, á la cabeza el obispo Carlos María Colina, habían huído á Guatemala por el cumplimiento de las leyes de Reforma en Chiapas, bajo el gobierno de D. Angel Albino Corzo. En Enero de 1864 se fortificaron Fray Victor Chanona y Juan Ortega en la iglesia de Santo Domingo para sostener el Imperio y resistir á las fuerzas liberales; después de once días de sitio, los defensores de Maximiliano lo rompieron de la noche á la mañana abandonando todo. ¿Dónde habían ido aquellos dos niños? En 1866 el teniente coronel Miguel Utrilla se pronun-

ció con 200 hombres contra D. Pantaleón Domínguez, exigió á Doña Francisca Morelano 300 pesos, y no pudiendo satisfacerlos, le tomó á dos de sus hijos, el mayorcito de siete años de edad, y después de hacerlos andar muchas leguas por caminos pedregosos y cerros, el 18 de Octubre, al presentar batalla en Guadalupe, los expuso á las balas enemigas. El teniente coronel Julián Grajales, al mando de 700 hombres, lo batió y lo venció. Este soldado, disparando pocos tiros, ganó la cumbre y fué el salvador de los dos niños.

¿Y aquella última mañana? Se hacía la luz en las conciencias donde había reinado la noche; pero el sol iba en su ocaso: D. Angel Albino Corzo no figuraba ya en la política del Estado.

## II

Sus padres D. Francisco Corzo y la Sra. Doña María del Carmen Castillejo, eran unos ancianos de costumbres puritanas, mitad agricultores y mitad comerciantes. Angel Albino, hecha su instrucción en Chiapa, pasó de interno á la Universidad Nacional de San Cristóbal, la cual tenía por abogado y patrón á San Agustín, la dirigía el claustro pleno y desempeñaban las cátedras, las órdenes de Santo Domingo y San Francisco. A los siete años de estudios, después de haber caminado bien por la vía ancha de los preparatorios que en su término se ramificaban en las carreras del sacerdocio, la abogacía y la medicina, estuvo por elegir la que iba con sus ideas; pero sus padres y profesores querían la del sacerdocio. Un día, el estudiante se presenta á D. Francisco y le dice:

—De ninguna manera recibo las órdenes eclesíásticas, porque no tengo vocación para ellas; quiero la abogacía.

—Elige: ó te pones los hábitos ó te lanzas á comerciar por Tabasco—gritó más que dijo su padre, para quien ser sacerdote era lo mismo que hacerse santo.

Luego de unas cuantas idas y venidas vendiendo efectos de Chiapas en San Juan Bautista, y comprando allí de los de más consumo en Chiapas, el joven llegó enfermo á la casa paterna, pero sin variar de parecer, resuelto á todo, menos á tomar los hábitos; entonces D. Francisco lo desterró á una de sus fincas. Andando esta vida, contrajo matrimonio con Doña Zaragoza Ruiz en 1840. Transcurridos los dos años de ley que eximia á los recién casados de cargos consejiles, Angel Albino fué nombrado alcalde 1.º de Chiapa. Una vez que puso los piés en el terreno escabroso de la cosa pública, subió de prisa por sus

muchas prendas personales los escalones todos que van á dar al Poder Ejecutivo. De Alcalde pasó á depositario de bienes propios, presidente municipal, jefe político, tesorero general del Estado, diputado, capitán de la guardia nacional, comandante militar y gobernador. Nunca la rectitud tuvo en lo privado y en público representante más íntegro: si vivía vida pública, estaba por todo género de mejoras materiales, por el acatamiento de las leyes, por el respeto á la autoridad y por encima de todo esto por el patriotismo en consorcio con el progreso; si vivía vida privada, sus deberes de ciudadano iban á la vanguardia de sus actos como amigo, esposo ó hijo; pero en pago no recibió más que decepciones.

Su padre tenía horror á los destinos con que le honraban. Salió electo alcalde en Chiapa y malvendió sus fincas y se trasladó á Tuxtla para no desempeñar el cargo; á los tres años de residencia en Tuxtla, se le nombró regidor y tornó á malbaratar sus fincas y regresó á Chiapa huyendo del puesto; se le hizo prefecto de Tuxtla y tomó camino para San Cristóbal, dejando la renuncia absoluta atrás. Con este motivo decía Angel Albino ya hecho un político: "Los hijos heredan lo bueno y lo malo de los padres. En mí he visto la razón que tenía mi finado padre para no servir. Es probable que si hubiera servido en la prefectura y en otros puestos, se le hubiera correspondido con la misma infamia é ingratitud que á mí." Y era la verdad: su vida fué de pura lucha contra los reaccionarios y mil ambiciosos á quienes había hecho gentes. Por eso le decía su suegro D. Domingo Ruiz, un liberal furibundo y reverenciado por el pueblo: "Tengo sabido por experiencia propia que el hombre de bien en los destinos más es lo que pierde que lo que gana." Aceptó la Tesorería general á ruego de sus profesores de la Universidad. ¿Qué hizo? Lo refiere él con la mayor ingenuidad: "...en el desempeño del destino trabajé lo que era posible. Mis cuentas se publicaban por la prensa todos los meses: pueden verse. Si no se encuentra algo que elogiar, sí orden y exactitud, legalidad y algo que imitar."

Diputado á la legislatura desde 1849 á 1850, fué velador de los intereses del pueblo que le había elegido: por su iniciativa Chiapa se hizo Departamento en 1849; consiguió del Gobierno el reintegro de cerca de tres mil pesos gastados en la revolución de 1848, siendo él uno de los principales acreedores, para dedicarlos en mejoras materiales de primera necesidad; la guardia nacional fué exceptuada del pago de contribución y procuró que hubiese el mayor número posible de escuelas. Un D. Salvador Piñero propuso en una de esas legislaturas que

se destinara á sueldos de diputados el pago de un peso por cabeza de ganado vacuno que se vendiese en tajos para el consumo y del caballar y mular que se extrajera del Estado; Corzo refutó la iniciativa y fué desechada, porque, dice él, "los diputados no tratábamos de nuestro propio interés." Se echó de enemigo implacable á José María Chacón, un tradicional cacique de Soconusco más patriota en Guatemala que en México, cuya descendencia ha tomado el apellido de Escobar, porque no le aprobó el expediente de sus cuentas que el Gobierno pasó á la Legislatura. "Muy distante estaba yo—escribe D. Angel—de hacer el cambio de mis deberes por la conquista de alguna amistad." Siendo diputado hubo uno que otro pronunciamiento contra el Gobierno establecido del Sr. Fernando N. Maldonado; abandonó su asiento del Congreso y á la cabeza de la Guardia Nacional de Chiapa, que había organizado en 1846 como Presidente de la municipalidad, derrotó en el Pot á Cristóbal Figueroa y José Gabriel Esquiñca. "En la función de armas que tuvimos en esta vez en el cerro Pot—escribe—recibí una contusión en la rodilla derecha que no quise dar á conocer ese día, sin embargo de su gravedad, para no affigir más á mi familia. Padecí dos meses, y todos quedaron en la creencia que había sido golpe dado por un caballo, porque así lo hice entender con aquel fin y con el de no pasarla como valiente, porque esta es la nota que se les da á los heridos en campaña, aunque se porten como cobardes. Yo me conduje en esa vez como en otras, impulsado únicamente del deber, temiendo más que al enemigo, la crítica de mis amigos." El 8 de Marzo de 1853, de nuevo dejó su digno puesto y con la misma tropa hizo correr en Tuxtla á Carlos Zebadúa. El General Meléndez retrocedió con sus 400 hombres bien armados al acercarse á Chiapa por la actitud de Corzo, que como jefe político reunió en pocos días otros tantos soldados para hacer frente al defensor de Santa-Anna en el Estado. Pronunciado Juchitán por el Plan de Ayutla, los jefes del movimiento entraron en relaciones con D. Angel para que les prestase ayuda contra Tehuantepec, fiel al Gobierno; y les situó en su hacienda San José, armas y municiones costeados por los Sres. Domingo Ruiz, Juan Pola y él, mientras que con ayuda de D. Matías Castellanos el Estado se hacía eco del plan. El 1.º de Septiembre de 1855, Chiapa declaró solemnemente adherirse á él, acudida por Corzo, que era el primer jefe del movimiento regenerador del Estado. La revolución prendió fuego en Tuxtla, Pichucalco, Tachula, y al generalizarse se pusieron en precipitada fuga los agentes de su Alteza Se-